

28.º domingo ordinario A



***Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo. (Sal 22,4)***

Primera lectura

Isaías 25,6-10a

Preparará el Señor de los ejércitos para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares succulentos, un festín de vinos de solera; manjares enjundiosos, vinos generosos. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre.

El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros, y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país – lo ha dicho el Señor.

Aquel día se dirá: Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara; celebremos y gocemos con su salvación. La mano del Señor se posará sobre este monte.

Segunda lectura

Filipenses 4,12-14.19-20

Hermanos y hermanas: Sé vivir en pobreza y abundancia. Estoy entrenado para todo y en todo: la hartura y el hambre, la abundancia y la privación. Todo lo puedo en Aquel, que me conforta. En todo caso hicisteis bien en compartir mi tribulación. En pago, mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza en Cristo Jesús. A Dios, nuestro Padre, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio

Mateo 22,1-10

En aquel tiempo volvió a hablar Jesús en parábolas a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo, diciendo: – El Reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados encargándoles que les dijeran: "Tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda".

Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la

ciudad. Luego dijo a sus criados: – La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis convidadlos a la boda. Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales.

Meditación

Esta parábola retrata la actitud negativa frente al reino. Actitud de soberbia. La de aquéllos que confían en su propia justicia, la que pueden adquirir por su esfuerzo personal aplicado a cumplir meticulosamente la Ley, y rechazan, en cambio, la verdadera justicia, los caminos de la salud, que procede de Dios.

Nuestra parábola tiene como substrato otra, procedente del mundo judío: un publicano rico murió y recibió honrosa sepultura. Murió también un escriba piadoso, pero pobre, y la vida de la ciudad no se detuvo, nadie le dedicó la misma atención.

Esta historia suscitó un gran problema, que se debatió acaloradamente en las escuelas de los rabinos. ¿Dónde está la justicia de Dios que no vela por los suyos y permite que los impíos sean honrados por todos? La solución a este interrogante fue la siguiente: el publicano no había hecho más que una obra buena en su vida. Y esta obra buena no pudo ser anulada por otra obra mala posterior, porque la muerte le sorprendió en aquel momento. Tenía, pues, que ser compensado por Dios. ¿Cuál fue la mencionada obra buena?

Para congraciarse con la alta sociedad de su ciudad y con el fin de incorporarse a ella, preparó un gran banquete al que invitó a toda la gente representativa: fariseos, escribas, sacerdotes... Pero éstos se negaron a asistir. No podían rebajarse a comer con un publicano. Sería un desprestigio recibirlo en su sociedad. Este fracaso le abrió los ojos y le llevó a la decisión de romper definitivamente con sus invitados descorteses y con la sociedad que ellos representaban. En medio de su disgusto, y para que la comida preparada no se perdiese, invitó a los pobres.

Conocida esta historia judía, adquiere nueva luz la conducta de los invitados descorteses de nuestra parábola. En esta narración Jesús, para poner de relieve la infinita bondad de Dios, se compara con este publicano. El auditorio de Jesús, los dirigentes de Israel, oían complacidos la parábola. Indiscutiblemente eran ellos los que, para no contaminarse, se habían negado a asistir al banquete preparado por el publicano. El publicano, pecador por definición, había quedado en ridículo. Ellos, santos por principio, habían salvado la pureza ritual.

Jesús terminó de hablar: "Os digo que ninguno de aquéllos que habían sido invitados gustará mi cena". ¿Qué había querido decir Jesús? Vosotros os habéis reído, habéis despreciado al publicano que os invita al banquete. Pero, al despreciar al publicano, habéis despreciado a Dios. Mi invitación a entrar en el reino, a admitir mi persona y mi mensaje, es la invitación de Dios mismo. Ninguno de vosotros tendrá parte en el reino de los cielos.

28.º domingo ordinario A



***Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo. (Sal 22,4)***

Primera lectura

Isaías 25,6-10a

Preparará el Señor de los ejércitos para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera; manjares enjundiosos, vinos generosos. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre.

El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros, y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país – lo ha dicho el Señor.

Aquel día se dirá: Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara; celebremos y gocemos con su salvación. La mano del Señor se posará sobre este monte.

Segunda lectura

Filipenses 4,12-14.19-20

Hermanos y hermanas: Sé vivir en pobreza y abundancia. Estoy entrenado para todo y en todo: la hartura y el hambre, la abundancia y la privación. Todo lo puedo en Aquel, que me conforta. En todo caso hicisteis bien en compartir mi tribulación. En pago, mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza en Cristo Jesús. A Dios, nuestro Padre, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio

Mateo 22,1-14

En aquel tiempo volvió a hablar Jesús en parábolas a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo, diciendo: – El Reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados encargándoles que les dijeran: "Tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda".

Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en

cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados: – La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis convidadlos a la boda. Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. Cuando el rey entró a saludar a los comensales reparó en uno que no llevaba traje de fiesta, y le dijo: – Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirte de fiesta? El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los camareros: – Atadlo a pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Meditación

Esta parábola retrata la actitud negativa frente al reino. Actitud de soberbia. La de aquéllos que confían en su propia justicia, la que pueden adquirir por su esfuerzo personal aplicado a cumplir meticulosamente la Ley, y rechazan, en cambio, la verdadera justicia, los caminos de la salud, que procede de Dios.

Nuestra parábola tiene como substrato otra, procedente del mundo judío: un publicano rico murió y recibió honrosa sepultura. Murió también un escriba piadoso, pero pobre, y la vida de la ciudad no se detuvo, nadie le dedicó la misma atención.

Esta historia suscitó un gran problema, que se debatió acaloradamente en las escuelas de los rabinos. ¿Dónde está la justicia de Dios que no vela por los suyos y permite que los impíos sean honrados por todos? La solución a este interrogante fue la siguiente: el publicano no había hecho más que una obra buena en su vida. Y esta obra buena no pudo ser anulada por otra obra mala posterior, porque la muerte le sorprendió en aquel momento. Tenía, pues, que ser compensado por Dios. ¿Cuál fue la mencionada obra buena?

Para congraciarse con la alta sociedad de su ciudad y con el fin de incorporarse a ella, preparó un gran banquete al que invitó a toda la gente representativa: fariseos, escribas, sacerdotes... Pero éstos se negaron a asistir. No podían rebajarse a comer con un publicano. Sería un desprestigio recibirlo en su sociedad. Este fracaso le abrió los ojos y le llevó a la decisión de romper definitivamente con sus invitados descorteses y con la sociedad que ellos representaban. En medio de su disgusto, y para que la comida preparada no se perdiese, invitó a los pobres.

Conocida esta historia judía, adquiere nueva luz la conducta de los invitados descorteses de nuestra parábola. En esta narración Jesús, para poner de relieve la infinita bondad de Dios, se compara con este publicano. El auditorio de Jesús, los dirigentes de Israel, oían complacidos la parábola. Indiscutiblemente eran ellos los que, para no contaminarse, se habían negado a asistir al banquete preparado por el publicano. El publicano, pecador por definición, había quedado en ridículo. Ellos, santos por principio, habían salvado la pureza ritual.

Jesús terminó de hablar: "Os digo que ninguno de aquéllos que habían sido invitados gustará mi cena". ¿Qué había querido decir Jesús? Vosotros os habéis reído, habéis despreciado al publicano que os invita al banquete. Pero, al despreciar al publicano, habéis despreciado a Dios. Mi invitación a entrar en el reino, a admitir mi persona y mi mensaje, es la invitación de Dios mismo. Ninguno de vosotros tendrá parte en el reino de los cielos.